

LOS INTERCAMBIOS CULTURALES Y SU PAPEL

Carmen ROMERO
Ex-diputada PSOE

Agradezco especialmente a esta Facultad que, sin ser arabista, me haya invitado a este Encuentro para aportar un enfoque algo distinto a lo que es habitual en estas aulas. Quiero mostrar mi reconocimiento, especialmente, al tomar la palabra tras el maestro que me ha precedido, Pedro Martínez Montávez. El ha explicado bien las dificultades de ser arabista en la Universidad española durante los años de sus fecundas investigaciones. Entonces, el aprecio por estos estudios se limitaba a los especialistas, pese a que su contenido formara parte de un patrimonio que aún no hemos sabido reconocer.

Mi acercamiento al que yo creo que es, mal llamado, Mundo Árabe - puesto que no hablamos de mundo latino, que podría ser su correlato-, es de cercanía geográfica y casi de biografía personal, habiendo pasado mi infancia y juventud en Sevilla y dedicado mi vida política a los efectos de nuestra estrecha vecindad con los países de la otra orilla.

La imperiosa necesidad de conocer la realidad de Marruecos y su entorno para poder establecer un relación fluida es la base del trabajo que vengo haciendo desde finales de los 90, para fomentar los intercambios culturales y sobre todo el conocimiento mutuo. Entiendo a Marruecos como puente para el conocimiento del resto de los países árabes y de cultura musulmana, por el lugar que ha ocupado en la historia y por el papel que le otorga nuestra vecindad y nuestra historia común.

Años antes del desgraciado atentado de las torres de Nueva York y sin vislumbrar entonces las catastróficas consecuencias de dicho atentado, habíamos empezado a intensificar los contactos entre las sociedades civiles de ambas orillas. Yo he sido durante catorce años diputada del Psoe, por la provincia de Cádiz, cuando los naufragios en el Estrecho, desde finales de los ochenta, comenzaron a hacerse desgraciadamente cada vez más frecuentes. Los socialistas perdimos la alcaldía de Tarifa cuando se produjo la primera interconexión eléctrica submarina con nuestro vecino país, pero, desde entonces, la otra orilla comenzó a existir para nosotros con sus destellos luminosos.

Creamos una dinámica para intensificar los contactos entre profesores universitarios, asociaciones de mujeres, periodistas etc..Desde la Fundación Tres Culturas. impulsamos en esos años los intercambios entre juristas, escritores, medios de comunicación audiovisuales y otros. Desde el Parlamento Europeo, impulsamos en Algeciras un primer Encuentro entre Parlamentarias y mujeres representativas de la sociedad civil, que se celebró en el Hotel Reina Cristina para conjurar los efectos que en el recuerdo de las participantes operaba la Conferencia de Algeciras de 1906.

Un mes después del atentado de Nueva York, en Octubre de 2001, no nos atrevíamos a desplegar las banderolas que anunciaban en el Círculo de Bellas Artes de Madrid nuestro I Encuentro Euro-Maghrebí. Pero lo hicimos con gran acogida y repetimos la experiencia durante seis ediciones hasta llegar a la fecha conmemorativa de 2006.

En todo este desafío, que pudiéramos llamar contra corriente puesto que abríamos un camino que afortunadamente hoy comienza a consolidarse, estaba presente la urgencia de la normalización en unas relaciones que nunca habían sido fluidas y que volcaban sobre los actores políticos todo el capital de nuestro entendimiento. Los avatares políticos condicionaban demasiado nuestra visión mutua y sigo pensando hoy que nuestra red de contactos con personalidades relevantes de la vida cultural, social económica y también política es esencial para la construcción de nuestro futuro. No podemos depositar este capital sólo en los actores políticos, ni tampoco, pese a su extraordinaria labor, podemos dejar esta tarea sólo en manos de los especialistas.

Hablar de cultura musulmana no ha sido un obstáculo para el entendimiento en las relaciones culturales que nuestro país ha mantenido tradicionalmente con los países árabes, así como no lo ha sido cuando dichos países han mantenido relaciones culturales con los países de cultura católica. Se entiende que las culturas religiosas han impregnado en nuestro pasado todas nuestras manifestaciones artísticas. Sin embargo, cuando se habla del Islam, hoy, con el sentido que los musulmanes conservadores le dan, resulta algo equivalente a cuando, hoy, se habla de Catolicismo. No estamos hablando de bagaje cultural, sino de utilización de la religión para otros fines, como en todos los periodos históricos los conservadores de todas las religiones han hecho.

Europa se ha construido con partidos políticos de orientación y denominación cristiana y con otros de otras denominaciones, pero las creencias han estado políticamente repartidas pese a la apropiación de la denominación religiosa por parte de algunos. Y cuando hablamos de cultura como acervo de conocimientos que nos han marcado, estamos hablando de algo más que de estos avatares históricos.

La civilización occidental no ha inventado a Averroes ni a Ibn Jaldún ni a Ibn Arabí. Ni los conceptos de razón, tolerancia o convivencia son exclusivos de una sólo cultura, por más que la cultura occidental quiera apropiarse de ellos.

A veces me sorprende que Voltaire se convierta en la bestia negra para los ideólogos del fanatismo. Dejando al margen los condicionamientos de las visiones orientalistas de su época, las peores diatribas voltairianas tienen como objetivo el poder y la influencia de los jesuitas en su tiempo, es decir el fanatismo de origen católico.

Quizás lo más negativo de la conflictiva relación, marcada por el colonialismo, haya sido el olvido de lo que han significado las luces árabes en el pensamiento hacia la modernidad. Es Lucette Valensi, en su libro *El Islam en disidencia*, quien hace una bella exposición del papel que han tenido los reformadores en sus respectivos países, de la tentación del retorno a las fuentes. El Islam puede acomodarse a la ciencia y a la modernidad política. Pero el salafismo tiene dos derivas, como dice Lucette Valensi: Primero, crear una edad de oro inexistente y arrancar al Islam de la historia. En segundo lugar, descalificar a los clérigos y, con ellos, a toda la tradición jurídica, puesto que el modelo son los orígenes. Si ya no existe una autoridad, cualquiera puede erigirse en censor.

Esta difícil convivencia con la historia reciente de su pensamiento y de su modernidad es la que está pesando hoy para que exista una fluidez en la relación cultural que mantenemos en la actualidad. Ni nosotros tenemos aprecio por ese patrimonio, ni aún está suficientemente valorado en sus países de origen.

Además, y como rémora para que esta fluidez pueda establecerse en nuestra relación cultural, están los estereotipos contra los que es difícil y lento trabajar.

Si buscamos en internet, bajo los epígrafes *escritoras musulmanas*, *cinéastas musulmanas* o *pintoras musulmanas*, nos vamos a encontrar, en la mayoría de los casos, con investigaciones o artículos de universidades o revistas europeas y norteamericanas relativas a artistas, que no se definirían como tales y que probablemente no se reconocen ni con ese apelativo, ni formando parte de esos colectivos, creados por europeos y norteamericanos, es decir, por los nuevos orientalistas. Podríamos pensar que se trata de un recurso fácil, ante el desconocimiento de una realidad que no sabe cómo nombrarse. Pero la confusión es tal que el término musulmán se compatibiliza con el de africano o el de indígena. Cualquier término es mejor que el que le cuadraría como perteneciente a una corriente artística o a un país.

No es fácil, por lo tanto, una relación que viene lastrada desde antiguo por estereotipos mutuos, por prejuicios y por desconocimientos. Es preciso inventar los presupuestos de una nueva relación, como señala Mohamed Abed Yabri, basada en el conocimiento mutuo y en una actitud dispuesta a dejar a un lado las visiones lastradas por un viejo pasado.

Quizás deberíamos comenzar por una normalización de la lengua árabe, para seguir después poniendo en valor y actualizando las numerosas instituciones que se han dedicado y pueden dedicarse al fomento de unas nuevas relaciones. Existe una dinámica positiva hacia todas las expresiones culturales que nos son desconocidas, pero no existe el suficiente empeño para apoyar las producciones artísticas de nuestros países vecinos, ni existe reconocimiento hacia quienes, en el mundo

editorial, artístico o audiovisual, han sido pioneros en la apuesta por las nuevas manifestaciones culturales.

Quizás esta Facultad puede contribuir con Encuentros como este a que la riqueza cultural de estos países sea mejor conocida y sus autores mejor apreciados.